

Matutina para Mujeres 08 de Febrero de 2021

Descripción



Somos hijas de Dios

“Es Dios quien nos ha hecho; él nos ha creado en Cristo Jesús para que hagamos buenas obras, siguiendo el camino que él nos había preparado de antemano” (Efe. 2:10).

Muchos argumentan que los seres humanos fuimos lanzados al mundo, donde cada quien debe, con responsabilidad personal, llegar a ser lo que desee ser. Sin embargo, la postura cristiana del origen y el propósito del hombre está definida en la Palabra de Dios. No hemos sido lanzados a este planeta y abandonados a nuestra suerte; contamos con la provisión divina a cada paso que damos. Su promesa es: “Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Ped. 5:7, RVR 95).

Hay tres preguntas que todo ser humano debe responder para encontrar el propósito de su vida. La primera es: ¿quién soy? Si no tenemos respuesta a esta pregunta, seremos como náufragos en el mar de la vida. La respuesta mana de labios de nuestro Hacedor: “Sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Ped. 2:9, RVR 95).

Cimentados en nuestro origen, estamos en condiciones de responder a la segunda pregunta: ¿hacia dónde voy? En este planeta maltratado por los seres humanos, el futuro parece a veces incierto; en respuesta, Dios dice: “Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo” (Fil. 3:20, RVR 95). Tener la seguridad de que somos hijas de Dios y de que nuestro destino final es su reino nos pone de frente a la tercera pregunta: ¿qué estoy haciendo aquí?

Eres hija de Dios y tienes un destino final junto a tu Creador; sencillamente eres embajadora del reino y los que viven contigo tienen que verlo expresado en tus palabras y hechos. Dios te dice: “Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús. Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros” (2 Tim. 2:1, 2, RVR 95).

Dios nos ha equipado para cumplir este ministerio, “pues Dios no nos ha dado un espíritu de temor, sino un espíritu de poder, de amor y de buen juicio” (2 Tim. 1:7), “para que el hombre de Dios esté capacitado y completamente preparado para hacer toda clase de bien” (2 Tim. 3:17).